



LIBERTAD DELGADO

EL
LAMENTO
DE LA
SIRENA

Literup

LITERUP EDICIONES

© *El lamento de la sirena*, Libertad Delgado, 2022.

© de la portada y grafismos interiores, Libertad Delgado, 2022.

© de la corrección, Meritxell Terrón, 2022

© de la maquetación, Scarlett de Pablo, 2022.

Lectores beta: Rep A. L., Celia Añó, Cristina Ogando, Carla Plumed, Raquel Suárez y M^a Pilar Vicente.

Primera edición: noviembre de 2022

© Literup Ediciones

www.literup.com

Depósito legal: V-3282-2022

ISBN: 978-84-126332-0-7

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal.)

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Amputación; asesinato infantil; capacitismo; catástrofe natural; clasismo; cuerdismo; muerte animal; enfermedad mental; muerte o asesinato; pérdida de un ser querido; gore, sangre o lesiones; sexo; violación o agresión sexual (mención).

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita:

<https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a contacto@literup.com

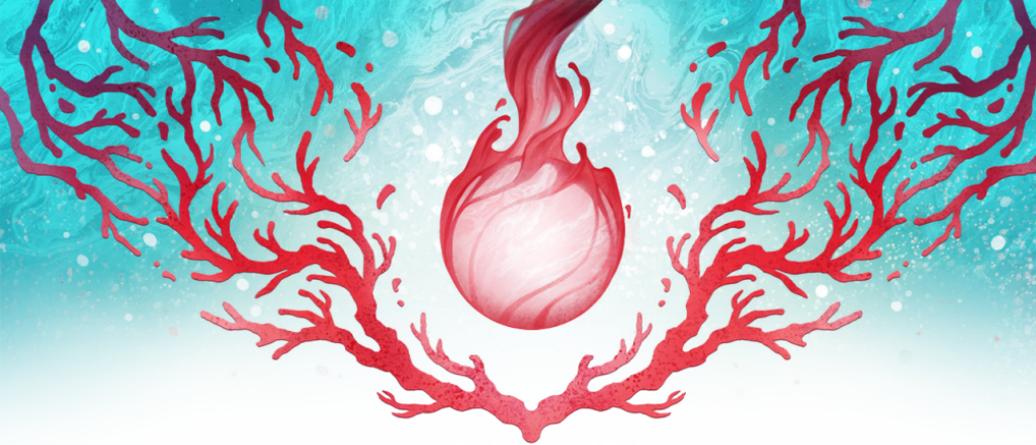
A mi madre, que me enseñó empatía.
A mi padre, que me enseñó curiosidad.
A mi hermano, que me enseñó a
zafarme de matones y fanáticos.
Y a Manu, por el *enemies to lovers*.

«El encuentro de dos personas es como el contacto de
dos sustancias químicas: si hay alguna reacción,
ambas se transforman»,
Carl Gustav Jung.

*I watch you like a hawk
I watch you like I'm gonna tear you limb from limb
Will the hunger ever stop?
Can we simply starve this sin?*

*That little kiss you stole, it held my heart and soul
And like a deer in the headlights, I meet my fate
Don't try to fight the storm, you'll tumble overboard
Tides will bring me back to you.*

Deathbeds, Bring Me The Horizon.



PRÓLOGO

El barco pirata se deslizaba como un espectro al acecho bajo la media luna. Surcaba la bruma fantasmagórica tan reputada —y temida— por los marineros del mar Embrujado. Esa pared de niebla era el límite donde se acababan los mapas conocidos, el umbral que los sensatos no osaban cruzar. Al otro lado había monstruos, o eso se rumoreaba. Por suerte o por desgracia, al capitán de El Lamento de la Sirena no le asustaba lo sobrenatural, y su tripulación se había contagiado de su temeridad.

Merin el Notas, el músico de a bordo, aún no tenía claro cuál de los dos eran: si unos intrépidos cazadores de mitos o una panda de borrachos suicidas. Tampoco le importaba. Él tenía sus propias razones para acercarse a los límites del mundo conocido, unas que le pesaban dentro como piedras y que no compartiría con nadie. Si lo hacía, tal vez sus compañeros intentasen ayudarlo, y él no buscaba soluciones.

Solo quería que alguien lo guiase al otro lado de la niebla.

En el Lamento se decía de él que era gris, imposible de conocer. No tenía sueños ni pasatiempos, salvo la música triste que le arrancaba a su violín. Cuando se asomaba a la borda cada noche para tocar, con la vista perdida en el horizonte, parecía la cáscara de un hombre que esperase a la muerte.

Todos se habían acostado ya y él seguía en cubierta. La melodía lenta de su violín sonaba como una llamada de auxilio que, tras años sin recibir una respuesta, había dejado de esperarla.

Pero esa noche «algo» acudió.

Desde las olas negras se alzó una especie de eco que imitaba sus notas. Un escalofrío recorrió a Merin. Qué inquietud tan extraña era esa que sentía. Se parecía demasiado a la esperanza. Se inclinó sobre la barandilla, deseoso de atisbar a la criatura que siseaba su música.

Se encontró cara a cara con una mujer empapada. La doncella se había encaramado a la borda sin esfuerzo, como si no hubiera una caída de varios metros entre ellos y el mar. Su piel refulgía cadavérica a la luz de la luna; sus cabellos parecían nácar hilado.

Por un instante, el temor paralizó a Merin. Nunca antes había visto una sirena, pero, irónicamente, había pasado años esperando que lo llamaran.

Los ojos de la doncella eran dos abismos oscuros incrustados en la calavera de su rostro. Al mirarlos, el miedo del pirata se convirtió en gratitud. El ángel de la

muerte adoptaba muchas formas, y la que había elegido para él era hermosa a su manera.

Merin soltó el violín. Por fin podía dejar de tocar.

—Has tardado en encontrarme.

Sonrió. La mujer le devolvió el gesto, y asomaron sus incisivos de murciélago. Debía de ser verdad eso de que algunos depredadores imitaban los movimientos de sus presas antes de atacar.

—¿Me dolerá?

Ella sacudió la cabeza muy despacio. Le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sus labios.

El beso lo congeló. Sabía a sal y a la anguila asada de su difunta hija. A metálico, igual que un barrote de hierro. Caliente, como la sangre que le salpicaba la cara mientras ella pedía piedad a gritos. El ángel de la muerte le había mentido. Dolía. Dolía demasiado... y entonces retrocedió aún más en el tiempo. Oyó la risa infantil de su niña y sintió el calor de su abrazo.

La doncella tiró de él con la fuerza de diez hombres y ambos se precipitaron contra la nana de las olas. El agua gélida inundó sus pulmones mientras ella lo arrastraba a las profundidades. Sus sentidos se apagaron uno a uno, devorados por el silencio negro del océano.

Los recuerdos desenterrados por la sirena le devolvieron la voz aliviada de su hija.

«Padre, ¡por fin llegas!».

«Lo siento, mi vida. Me perdí un poco por el camino».

La última burbuja de aire abandonó su boca.

«Pero ya estoy en casa».



EL LAMENTO DE LA SIRENA

Jeremiah, el contramaestre, gruñó al agacharse para examinar de cerca el violín. La lluvia le corría por la calva y le empapaba las patillas pobladas.

—Ni rastro. Ha tenido que pasarle algo. No sé mucho de Merin, pero ningún músico se dejaría el violín tirado a la intemperie. ¿Habéis buscado en la bodega?

Los piratas observaban en círculo el instrumento como si este pudiera darles una explicación.

—¿La bodega? Qué va. Ese no toca el alcohol ni con un palo —dijo uno, y los demás asintieron con murmullos.

El misterio inquietaba a la tripulación, y el clima fúnebre no ayudaba. Una neblina gris envolvía al Lamento de la Sirena, y la lluvia incesante los calaba hasta el escalofrío.

—No lo vimos regresar a su coy anoche —añadió Lucas, un joven larguirucho de melena lacia y oscura, que solía dormir justo al lado del músico.

Jeremiah cogió el violín y le dio vueltas. Chorritos de agua cayeron de sus huecos.

—Pues ya se ha quedado sin instrumento. Este se ha ido al carajo.

Una voz grave y autoritaria los interrumpió.

—¿Qué hacéis ahí, en corro? ¿Barnaby la ha vuelto a liar?

Todos se volvieron hacia el hombre que se les acercaba con pasos lentos.

Excepto por su casaca negra, el capitán Cordelius Long-Long Veiner era un brochazo de color contra el cielo encapotado. En el último puerto se había teñido la melena de turquesa, y el naranja de su barba y sus raíces se mezclaba con el azul del tinte en una amalgama de ondas y trencitas. Casi dos décadas de asaltos y exploraciones en tierras extrañas lo habían provisto de una colección de amuletos que nunca se quitaba. En consecuencia, parecía un mercadillo ambulante de apenas metro setenta, pero sus hombres lo miraban como si de un gigante se tratara.

Le abrieron paso y el contraamaestre le mostró el violín.

—No, el Follapeces está últimamente muy tranquilo. Tanto que da canguelo —respondió Jeremiah.

Cordelius señaló al corro con el garfio de su brazo derecho.

—¿A qué viene este aquelarre entonces?

—Merin ha desaparecido, mi capitán. Nadie sabe de él desde anoche —le contestó Gangrenillas, el médico, limpiándose sus lentes en una manga moteada por manchas de un sospechoso tono rojizo. Una mueca lóbrega tensaba sus facciones aguileñas y curtidas por el sol.

El líder guardó silencio. Miró al cielo y entornó sus ojos dorados mientras la lluvia le corría por el rostro. Los demás esperaron, atentos a su veredicto. Si algo extraño sucedía en el Lamento, él lo percibiría antes que nadie.

Había quien decía que el capitán era medio brujo y que las olas lo obedecían en ciertas épocas del año. Que podía hacerle «el molinillo» a las mujeres, aunque nadie sabía qué era eso exactamente; quizá una infusión. También se afirmaba que su tripulación jamás pasaba hambre porque no necesitaban pescar; la guapura del capitán lo hacía por ellos. Su encanto enloquecía tanto a los peces que ellos mismos saltaban a la cubierta, deseosos de que Cordelius les hincara el diente. Ese rumor aún estaba por confirmar, pero tampoco había pruebas que lo desmintieran.

Estudió el horizonte, donde solo había agua infinita y brumas de azul y plomo. Nada apuntaba a que fuesen a encontrar tierra en las próximas semanas..., si es que lo hacían.

—¿Pasa algo, Cordelius?

Al oír el tono preocupado del contraemaestre, el capitán apretó los labios y se giró hacia él.

—Parece que nos estamos acercando. O tal vez ellas saben que venimos.

Jeremiah inhaló con brusquedad. Luego miró el violín como si le hubieran salido dientes.

—¿Ellas... *ellas*?

—Es muy posible. —Cordelius alzó la voz para hacerse oír por encima del aguacero—. Escuchadme todos y contestad con sinceridad. ¿Alguno oyó anoche algo extraño?

—¿Cómo extraño...?

—Canciones, música, susurros diferentes a los habituales en el coy. Cualquier cosa.

Sus palabras despertaron una oleada de resquemor, que se extendió por la cubierta. Los piratas intercambiaron miradas entre murmullos. Cualquier marinero lo tenía más que aprendido: cuando la música en un barco no la hacía un compañero, algo siniestro acechaba en los rincones.

—Dinos de una vez qué pasa, porque yo no entiendo ni papa —gruñó Zack, el artillero, y escupió al mar. El viento le revolvía las greñas canas, arrojándoselas sobre su perpetua mueca de disgusto.

El capitán le quitó el violín a Jeremiah con la mano buena y lo examinó. Luego, para sorpresa de sus hombres, lo arrojó al mar con todas sus fuerzas. El instrumento se hundió en una flor de espuma.

—Dudo que volvamos a ver a Merin el Notas. El mar se lo ha llevado. —Se giró hacia los demás—. A partir de ahora, que nadie salga a cubierta sin compañía, en especial después del ocaso. Permaneced atentos a cualquier idea rara que se os pase por la mente, y que los sonámbulos se acuesten atados de pies y manos.

—Sí, capitán.

—Nos adentramos en territorio inexplorado. Toda precaución es poca. Si mis cálculos no me fallan, puede que pronto veamos sirenas.

De repente, la lluvia pareció más gélida; la niebla, más densa y cargada de sombras sinuosas. Los piratas se deshicieron en juramentos y signos de protección.

—¿Sirenas? ¡Por los dioses, Merin ha muerto, sin duda!

Al líder se le ensombreció el rostro, pero no dijo nada. Zack recogió el arco del violín y lo arrojó también al mar al grito de «¡al agua, puto!». Lucas asomó entre sus compañeros, con los ojos desorbitados.

—Entonces, capitán..., ¿las leyendas eran ciertas? ¿Nos acercamos a... la Gran Perla?

Cordelius asintió.

—No os mentiré: aún está por ver lo que nos aguarda más adelante. Ese tesoro podría darnos la llave a una vida de reyes, pero nos costará conseguirlo. De momento, cuidaos de las criaturas de este mar hasta que nos acerquemos más a tierra... —y masculló la última frase como para sí—: Si es que la isla deja que la encontremos.

Golpeteó la barandilla con el garfio antes de girarse.

—¡Pero si apenas hemos atravesado los límites del mar Embrujado! ¿Ya empieza esto a ponerse chungo? —exclamó uno.

El capitán se caló el tricornio. La coleta de su barba pelirroja se mecía cuando él hablaba.

—Puede que estemos imaginando cosas, y que Merin se haya caído él solo al mar. No sería la primera vez que pasa.

La idea pareció tranquilizar a los piratas. Varios asintieron con aire apesadumbrado. Otros seguían gesticulando contra el mal fario. Cordelius no los juzgaba. A las sirenas no convenía tomárselas a risa, pero dudaba que aquello hubiera sido obra de una. Aun así, en algún momento tendrían que enfrentarse a ellas, y prefería que la tripulación estuviera prevenida. En

especial porque, pese a sus investigaciones, aún no tenía claro qué tipo concreto de sirenas pululaba por ese mar.

—Ya lo habéis oído. —El contramaestre dio dos palmadas—. ¡Y ahora vuelta al trabajo!

Cordelius divisó una figura encorvada en la proa del barco. Allí, peligrosamente cerca de la borda, un hombre bajito y muy moreno miraba al horizonte, sumido en una especie de trance. Como de costumbre, algo percibía que a los demás se les escapaba. Lo que costaba era sacarle el qué exactamente.

El capitán se paró a su lado.

—¿Qué pasa, Barnaby?

El pirata no respondió. Cicatrices rosas le surcaban la piel, como si unas fauces gigantes lo hubiesen mordisqueado de arriba abajo. Sus ojos grises escrutaban la niebla con una intensidad casi hambrienta. Le daban trances como ese de vez en cuando. El incidente que lo había desfigurado también lo había convertido en un enigma indescifrable para sus semejantes.

—¿Qué te dice ese sexto sentido tuyo?

—No percibo monstruos en el camino.

—¿Vamos por buen rumbo?

El pirata asintió.

—Nos llama sin voz —susurró—. Está despierta, pero no del todo. Le falta un trozo de su alma.

A saber qué significaba eso. Resignado, Cordelius le dedicó una media sonrisa.

—Espero de verdad que nos estés guiando hasta el tesoro y no hacia una trampa mortal.

Barnaby bufó, airado. Observaron la bruma en silencio durante un rato.

—¿Qué crees que le ha pasado a Merin?

En respuesta, el Follapeces musitó algo incomprendible y se encogió de hombros. Cada vez que lo miraba, Cordelius sentía el agujonazo de la culpa. Había perdido la mano salvándole la vida aquel fatídico día, pero no había podido salvarle la cordura. Le dio una palmada suave en la espalda.

—Anda, vuelve con los demás.

Mientras dejaba que lo guiase lejos de la borda, Barnaby musitó:

—Siento nostalgia, pero no sé de qué.

—Es el mar, que a veces nos pone melancólicos. Tú piensa en atunes provocativos. Seguro que te animas.

El Follapeces soltó una risita amarga y, por un instante, casi pareció el de antes.

—Capullo.

Cordelius lo dejó ir y regresó al interior del barco.

Entró en su camarote. Los cristales del ventanal de popa estaban tan empañados que no se veía nada al otro lado, como si el Lamento de la Sirena se deslizara a través de un limbo. Agradeció que, pese a sus supersticiones, sus hombres fueran de corazón fuerte.

Caviló sobre la desaparición de Merin. Él había sido el más reservado de la tripulación con diferencia. Apenas hablaba de sí mismo y, en consecuencia, el capitán no sabía de él más que lo imprescindible: que trabajaría duro y sin chistar. Lo había contratado para ese viaje porque necesitaba manos extra y no sobraban los

marineros con ganas de aventurarse al otro lado de la niebla. La intuición le había dicho que el Notas no daría problemas y con eso le había bastado. Y la intuición también le decía que, probablemente, él solo se hubiera arrojado al mar.

«Ahora que lo pienso, siempre tuvo la mirada de un hombre con ganas de ahogarse».

No quiso torturarse con el tema. Si Merin estaba muerto, nada podía hacerse al respecto.

Se quitó el sombrero y fue a por un farol. El día había amanecido tan oscuro que ni la luz que entraba por el ventanal bastaba para iluminar su escritorio. Mientras lo encendía, una corriente de aire estremeció la llama. Cordelius escupió una maldición y fue hacia la cristalera. Tal y como se temía, el cierre de uno de los paneles había vuelto a aflojarse. Lo había reparado incontables veces en el último mes y nunca duraba una semana sin romperse. Sin duda, algún dios diminuto le había cogido tirria e intentaba fastidiarlo de la forma más trivial posible.

Gruñó. Pues que entrara el aire. El frío no le molestaba. Ya lo repararía más tarde.

Se sentó a su escritorio, donde aguardaban unos pergaminos vetustos con jeroglíficos tan difusos que costaba discernirlos. No obstante, se podían descifrar si uno chapurreaba suficientes idiomas y se manejaba con la mitología adecuada. En su momento, Cordelius había creído que esas runas pertenecían a alguna civilización perdida del mar Embrujado, pero su investigación había revelado una hipótesis chocante: procedían de debajo del mar. Las leyendas más dis-

paratadas afirmaban que esos jeroglíficos los habían inventado las sirenas. Qué sirenas en concreto, imposible saberlo.

Eso lo confundía e intrigaba. Las que había visto en sus viajes eran, en el mejor de los casos, bestias no más listas que una manada de lobos con el intelecto agudizado por el hambre. Dudaba que esos seres pudieran tener un idioma escrito. Y, aunque por un casual así fuera, no lo habrían compartido con los humanos. Sin importar la especie, todas las sirenas tenían algo en común: su hostilidad hacia los terrestres.

Quizá las que habitaban al otro lado de la niebla fueran distintas.

Apartó varios cuadernos abarrotados de notas y copias de los jeroglíficos. El capitán acostumbraba a hacer dibujos de cuanto llamaba su atención con un nivel de detalle que rozaba lo obsesivo.

Bajo el caos de apuntes yacía el objeto más extraño de todos: un rectángulo de piel pálida, casi momificada, que Cordelius había prensado entre dos cristales para conservarlo. Estaba cubierto de tatuajes y, por el tamaño, probablemente se tratase de una espalda. Una no humana.

Pasó los dedos sobre el vidrio y se detuvo en uno de los tatuajes. En él se mostraba el contorno irregular de lo que parecía ser una isla. En su centro se veía una ostra abierta y, dentro de ella, una enorme perla rodeada por líneas que simbolizaban su resplandor.

«La Gran Perla. El botín que nos arreglará la vida».

Había encontrado la piel por casualidad dos años atrás mientras navegaba por el mar Embrujado, su zona

preferida de operaciones. Asaltaron un barco de esclavistas y, tras una violenta refriega, la tripulación del Lamento salió vencedora. Pasaron al capitán enemigo por la quilla y liberaron a los prisioneros. Estos llevaron a Cordelius ante su líder, una anciana de ojos sabios.

A pesar de su acento denso, la mujer logró entenderse con él. Le contó que en el camarote del jefe esclavista había una piel de sirena y le pidió que se deshiciera de ella. Tanto a la señora como a su gente parecía perturbarles la existencia de un objeto así.

—La reliquia está maldita. Solo os traerá desgracia. Llevaos los tesoros que queráis de este barco, pero esa devolvedla al mar, donde pertenece.

—¿Por qué no la tiráis vosotros mismos?

—No la tocaremos. Ya hemos tenido suficiente mala suerte.

Cordelius le ordenó a Gangrenillas que examinara a los prisioneros liberados y luego fue al camarote del capitán vencido. Allí encontró la piel, extendida sobre una tarima, rodeada de anotaciones y páginas arrancadas de cien libros distintos. Los cuadernos del esclavista hablaban de un lugar allende el muro de niebla, cargado de tesoros y criaturas míticas, y eso captó su interés. Sin decirle una palabra a nadie, guardó los apuntes y la reliquia en un arcón y mandó que lo llevaran al Lamento. Sus hombres saquearon los lujos del navío, pero dejaron intactas las provisiones para los de a bordo.

De vuelta en la cubierta, cuando se disponía a regresar al Lamento y partir, la anciana se le acercó una última vez. Sus ojos de halcón lo atravesaban.

—Sé que no te has deshecho de la piel.

—Antes quiero estudiarla.

—Ah, muchacho. —Ella suspiró—. Tu curiosidad te matará, como a tantos otros.

Pese a su advertencia, tocó la frente de Cordelius a modo de bendición. Luego mojó un dedo en la sangre de esclavista que aún corría por la cubierta, y con ella dibujó a sus pies una especie de Y curvada, similar a un diapasón.

—Si vas a buscar a las *mer'ikaj*, necesitas esto. Ellas lo temen, lo dicen las canciones de mi pueblo. Lo encontrarás en una isla oculta en los confines del mar Embrujado.

Mer'ikaj, como descubriría Cordelius más adelante, era la palabra que esa gente usaba para referirse a las sirenas de allende la niebla. Agradeció los consejos de la anciana y se despidió. Poco después, el Lamento de la Sirena iniciaría la búsqueda de esa isla oscura.

A Cordelius Long-Long Veiner no se le podía poner un misterio así delante y esperar que no se zambullera de lleno en él. Aunque después pagase las consecuencias.

Y las hubo. Vaya si las hubo.

El muñón le picaba bajo el garfio. ¿Dejaría alguna vez de sentir ese miembro fantasma? Esa maldita empresa se había cobrado tiempo, vidas, incluso pedazos de sí mismo. Tal vez por eso era incapaz de parar y dar media vuelta. Si la piel tatuada había encendido una chispa de curiosidad en su interior, sus descubrimientos posteriores la habían convertido en una hoguera inextinguible.

Desde entonces, Cordelius se había recorrido el mar Embrujado de punta a punta. Lo conocía como

la palma de su mano..., excepto el límite oeste, donde comenzaba la niebla.

Les costó trabajo, pero al final encontraron la isla que les había señalado la anciana. Los piratas atracaron en sus orillas silenciosas, le echaron coraje y se adentraron en ella durante siete días. Cuando regresaron, arrastraban consigo el cadáver de un pulpo iridiscente del tamaño de un elefante, forrado de lascas pétreas. Cordelius tenía una mano menos, varios habían muerto, Barnaby cambió para siempre, y los supervivientes apenas atinaban a describir qué demonios había ocurrido.

Pero el sacrificio no fue en vano: en las entrañas de la criatura encontraron, por fin, el mítico diapasón.

Cordelius se levantó y abrió un armero. De él sacó el cetro, de un metro de largo. En su superficie metálica se sucedían anillos de plata y oro, siguiendo un patrón similar al del ágata. El objeto no parecía fabricado, sino orgánico, como si hubiera brotado en un bosque de metal. Aun sin tocarlo, si aguzaba el oído, podía percibir el zumbido que emanaba de él, similar al silbido quedo de una serpiente.

Lo hizo girar en su mano. Llevaba un año en su poder y Cordelius aún ignoraba para qué servía exactamente, o cómo se usaba, pero más le valía descubrirlo rápido. Había pagado un precio muy alto para conseguirlo.

Se sentó al escritorio y revisó por enésima vez sus pergaminos. Por lo bajo, murmuró las palabras de ese idioma submarino que apenas conocía. *Orgo T'acla. Mer'ikaj.* Averiguaría qué significaba cada runa de esa piel tatuada, así le costase años. Aunque tuviera que

meterse bajo el agua y espiar a las sirenas. El Lamento conseguiría la Gran Perla, y serían ricos. Sus hombres se lo agradecerían durante el resto de sus vidas.

Y, entonces, él habría cumplido su parte.

Sería libre.

Sabía que iban por buen camino; durante sus trances, Barnaby siempre se quedaba mirando a la dirección que su mapa le marcaba, como una brújula humana. Pero ¿y si Cordelius había confiado de más en su sexto sentido? ¿Estaría poniendo en peligro a sus hombres por una quimera? Si no se andaba con cuidado, el Lamento se convertiría en un ataúd flotante.

La punta de su garfio planeó sobre el jeroglífico de una mujer con cola de pez. Sus ojos eran dos botones negros, tan insondables y vacíos como los de un tiburón.

—¿Qué te ocurrió en realidad, Merin?

Tal vez era mejor no saberlo.